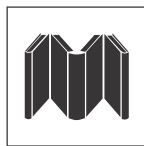


**Julio César Cano**

# **FLORES MUERTAS**

**La música y el crimen se dan cita  
en el nuevo caso del inspector Monfort**



**MAEVA**

*A Esther.  
Te vi desde el escenario,  
la más bella melodía.*

# Escenarios de la novela



Otro escenario: Londres

Había notado que el miedo era reemplazado  
por el pesar, y el pesar por la conciencia casi reconfortante  
de que la muerte estaba en camino.

*La mujer que arañaba las paredes*  
JUSSI ADLER-OLSEN

¡Oh, envidia, raíz de infinitos males y carcoma  
de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé  
qué de deleite consigo; pero el de la envidia no trae  
sino disgustos, rencores y rabias.

*El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*  
MIGUEL DE CERVANTES

La muerte vende. La música no tanto.

*Una música prodigiosa*  
MITCH ALBOM

**E**l público espera impaciente. Nervios contenidos, sonrisas cómplices. Expectación. Algunas personas corean el nombre del grupo. Todos dirigen la vista hacia el escenario, un espacio a oscuras en el que apenas se distinguen los instrumentos en reposo. Los técnicos apuran los últimos retoques. Cruzan el escenario deprisa, agazapados, comprobando que todo esté perfecto. Una luz tenue ilumina el patio de butacas lleno a rebosar. La espera resulta eterna para los seguidores más impacientes. Un operario, situado en una esquina del escenario, consulta su reloj de pulsera y hace una señal con la mano. De repente, se apagan las luces que iluminan la sala; todo queda sumido en una gran oscuridad. El público grita, libera la tensión; los nervios se descargan deprisa. El escenario se ilumina en un rojo intenso. Lo primero que se percibe es la silueta de la batería, en el centro, situada sobre una tarima. Suena una introducción grabada que los asistentes reconocen enseguida, pues los gritos casi ahogan el volumen con el que se propaga a través del sofisticado equipo de sonido.

Los componentes del grupo, mimetizados entre sombras encarnadas, ocupan su lugar en el escenario. El público aplaude con energía. El batería se sienta detrás de su instrumento, levanta los brazos, sostiene una baqueta en cada mano, como si fueran una prolongación de sus dedos. Hace chocar la madera de las baquetas y, a la vez, cuenta en voz alta: «¡Uno... dos... Un, dos, tres, cuatro!».

Desde los laterales del escenario, una fila de potentes focos de luz blanca ciega la vista de un público totalmente entregado. Una ola de sonido brutal inunda el auditorio. Todos reconocen la canción, mueven las caderas, cabecean al ritmo de una guitarra que llena de acordes el espacio físico y lanza chispas imaginarias sobre los cuerpos de los presentes. Es la introducción del primer tema del concierto. Se prolonga durante más tiempo que en el CD para crear tensión, ímpetu y emoción. Los focos que arrojan sobre el público la cegadora luz blanca cambian a verde esmeralda mientras giran con lentitud hacia el escenario. El público sabe lo que viene a continuación. Lo que estaban esperando.

El cantante del grupo aparece en escena. Saluda con una mano, hace una reverencia teatral, luego otra, y vuelve a inclinar la cabeza una tercera vez. Avanza hasta el borde del escenario, donde los privilegiados ocupantes de la primera fila estiran los brazos para que les corresponda chocando las manos. Se incorpora sonriente. Satisfecho, extiende los brazos en cruz y luego, con la mano derecha, se toca la zona del corazón. En sus labios se lee un «gracias» al que los presentes corresponden con aplausos enfervorecidos. Retrocede ceremoniosamente hasta el punto en el que un foco cenital proyecta un haz de luz circular en el suelo, en el espacio justo para que su cuerpo quede iluminado por completo.

Con un gesto estudiado, agarra el micrófono con la mano derecha y lo desprende del pie que lo sujeta.

«¡Buenas noches!», proclama, y el local parece venirse abajo.

Acto seguido, comienza a interpretar lo que el público, extasiado, espera que cante.

¡Comienza el espectáculo!

## 1985

*Las bajas temperaturas resultaron propicias para llevar a cabo el rito ancestral de la matanza del cerdo.*

*En diciembre, el interior de la provincia de Castellón registró temperaturas por debajo de los diez grados bajo cero. Era el momento idóneo para sacar al fresco la carne obtenida en la matanza. En los balcones se oreaban los productos del cerdo que, una vez curados, estarían listos para el consumo. En los próximos días también colgarían de los relucientes ganchos los jamones y las paletillas. Imágenes como aquellas se repetían en los pueblos de la comarca; formaba parte de la vida y las costumbres de la gente de la montaña.*

*En el balcón de una vieja casa de piedra, alejada del pueblo, los chorizos y las morcillas, colgados de una barra de hierro, se balanceaban a merced de un viento gélido proveniente del norte. Tres grados bajo cero a las diez de la mañana. De madrugada, habían alcanzado los siete bajo cero. Allí estaban acostumbrados a soportar las bajas temperaturas. La nieve caía despacio sobre los tejados y en el camino que llevaba hasta la casa se acumulaban ya más de veinte centímetros de espesor.*

*Contra todo pronóstico, el cartero realizaba su tarea diaria de reparto del correo en todas las casas, por diseminadas que estuvieran con respecto al núcleo urbano. Vestido con tantas capas de ropa como si se tratara de una cebolla y calzado con unas botas de goma que le llegaban hasta las rodillas, se apresuró a llevar un sobre de color*

marrón hasta la última vivienda, la que estaba más alejada en su recorrido diario.

El cartero estornudó varias veces antes de abrir la cancela de entrada. Se quitó uno de los guantes, buscó un pañuelo en uno de los bolsillos del abrigo y se sonó ruidosamente. Observó el pañuelo manchado de sangre. Echó la cabeza hacia atrás y se taponó el orificio nasal en un intento de detener la pequeña hemorragia. No es nada, pensó; le había ocurrido en otras ocasiones. Todavía con la cabeza inclinada, observó el balcón de la casa. Una barra de hierro cruzaba de lado a lado las paredes a cubierto. De ella colgaban ganchos relucientes, de los que pendían los productos del cerdo. Ensartado en uno de los ganchos colgaba algo que no pudo distinguir a primera vista, aunque tuvo la certeza de que no se trataba de ninguno de los embutidos habituales. Se acercó un poco más y entonces vio qué era. Tiró el pañuelo ensangrentado y salió corriendo de allí como alma que lleva el diablo; hasta las incómodas botas le parecieron ligeras en su carrera por alejarse de la casa a toda prisa.

Al llegar a la plaza del pueblo, entró en el bar. La estufa de leña caldeaba generosamente la estancia. Los pocos clientes que había en el interior lo saludaron con un simple gesto de cabeza. Llevaba años allí y aún lo trataban como a un forastero, pese a que por su profesión se dedicaba a ir de puerta en puerta a entregar la correspondencia diaria. Escrutó a los presentes en busca de alguien que le inspirara confianza, pero no encontró a nadie. Salió de nuevo a la calle respirando de forma entrecortada, se sentía aturdido.

Llegó hasta la pequeña oficina de Correos casi sin aliento. Dentro hacía tanto frío como en el exterior; sin quitarse el abrigo, descolgó el auricular del teléfono que había en la pared y giró el disco con el dedo índice para marcar los números anotados en un pedazo de cartón clavado, junto al teléfono. Aguardó con impaciencia mientras escuchaba los tonos de llamada.

Una voz poco amable contestó cuando ya creía que nadie iba a descolgar al otro lado de la línea telefónica.

—Cuartel de la Guardia Civil, dígame.

—Soy el cartero.

—Dime.



*—En el balcón de la casa grande de piedra que hay en las afue-  
ras...*

*—Sí, ¿qué pasa?*

*—¡Hay un brazo! El brazo de una persona... cuelga de un gan-  
cho... al lado de los chorizos y las morcillas.*

## Sábado, 5 de abril de 2008

A juzgar por su aspecto, el ascenso le había sentado estupendamente. Se notaba ligera y ufana, como si de una vez para siempre hubiera soltado el lastre sobrante, como si hubiese dejado de arrastrar los pies por la vida de forma condescendiente.

Caminaba con seguridad por uno de los estrechos pasillos de la vieja comisaría. Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja en un gesto repetido cientos de veces durante el día.

Tras meditar concienzudamente la propuesta, accedió a la oferta del comisario Romerales; a cambio, consiguió la promesa del ascenso, un despacho propio y la estabilidad que necesitaba desde hacía, quizá, demasiado tiempo.

Trabajar como enlace del nuevo departamento de Policía Científica que la comisaría de Castellón había puesto en funcionamiento recientemente suponía dar un paso adelante en su carrera profesional, pero también en relación con su vida personal.

Con orgullo, observó la placa de la puerta de su nuevo despacho: «Subinspectora Silvia Redó».

Pronto se mudarían a la nueva comisaría y aquella especie de mausoleo de la ronda de la Magdalena en el que trabajaban con más pena que gloria quedaría atrás para siempre. Según se comentaba por los pasillos, en poco más de un año se instalarían en las nuevas dependencias situadas en una de las rondas de circunvalación de la ciudad. Silvia había visto la maqueta del

edificio, su estructura le había recordado a un transatlántico varado en mitad del asfalto; moderno, seguro, práctico, pero falto de carácter y un tanto desangelado.

Miró a su alrededor cuando ya se encontraba en el interior de su nuevo despacho. Esbozó una sonrisa al pensar que nada podría superar el decadente encanto de la vieja comisaría de Castellón.

Cuatro figuras con el gesto serio contemplaban un mar de plata cuyas olas lamían la pequeña playa de guijarros cercana a la ciudad de Peñíscola. A sus espaldas, la sencilla construcción de piedra y cal que la abuela Irene había acondicionado para convertirla en su retiro junto al mar presenciaba como testigo mudo el solemne momento. Irene, el padre de Monfort y la mujer que cuidaba de él aguardaban en silencio detrás del inspector, que sujetaba en las manos la urna que contenía las cenizas de su madre, Yolanda Tena.

El agua le acariciaba los zapatos. Horas antes había llovido y las piedras que cubrían la recóndita playa como una alfombra brillaban a merced de un sol desvaído. Olía a salitre y a bosque de pinos, las esencias que probablemente cautivaron a la abuela Irene cuando se refugió en aquella ignota parcela de tierra, entre la Sierra de Irta y el mar Mediterráneo, tras la muerte de Violeta Fortuny, su nieta, la esposa de Bartolomé Monfort. A lo lejos, el tómbolo de Peñíscola adentrándose en el mar como una gran barca de piedra y la figura pétrea de la Torre Badúm fueron espectadores del destino final de los restos de Yolanda Tena.

Monfort destapó la urna y se dio la vuelta un instante para dirigir la mirada a los pocos seres queridos que le quedaban en el mundo. A continuación, sacudió el recipiente al aire y una nube gris voló hacia el mar. El viento esparció las cenizas a su antojo.

Por un instante pensó que quizá habría sido mejor darle sepultura en el cementerio de Vilafranca del Cid, el pueblo en el

que ella había nacido, pero desechó la idea al recordar que su madre fue siempre una mujer libre, y yacer enterrada bajo tierra, pudriéndose a merced del tiempo, no era lo mejor para ella.

Cuando la nube de ceniza se volatilizó en el horizonte, Monfort volvió sobre sus pasos y se detuvo junto a su padre. No tardaría en reunirse con ella; la demencia avanzaba deprisa. En aquellos momentos el hombre era consciente de por qué se encontraban allí, pero la certeza no duraría mucho tiempo, la enfermedad se encargaría de ello. La mirada del hombre se debatió entre las lágrimas y la infructuosa búsqueda de los restos de su esposa que el viento y el mar habían engullido.

Monfort posó la mano en el hombro de su padre y el anciano contrajo el rostro. Todo había terminado para él con aquel ceremonial, no era necesario decir nada más.

Yolanda Tena viajaba ya a merced del viento sobre el mar Mediterráneo, libre, bella, buena.

Acarició la espalda de su padre y pensó: Mi madre.

A la mañana siguiente desayunaron temprano en la casa de la playa. La asistenta de la familia acomodó a Ignacio Monfort junto a la mesa de la cocina. A continuación le sirvió un tazón de café con leche y untó una tostada con mantequilla y mermelada. Luego se dispuso a ordenar la cocina sin quitarle ojo al anciano.

Era de la familia, una más; así se lo hicieron sentir desde que empezó a trabajar para ellos. Tuvo mucha suerte al encontrar aquel trabajo nada más llegar a España, sola, con una mano delante y la otra detrás. Echaría mucho de menos a Yolanda Tena; sin duda había sido una persona muy importante en su vida, como una madre, como la madre que se le murió al otro lado del Atlántico poco antes de embarcarse rumbo al sueño español del que tanto había oído hablar. Ellos la habían acogido en su magnífica residencia del Paseo de Gracia de Barcelona. Siempre la trataron con respeto y cariño. Una lágrima descendió despacio por su mejilla, había llorado mucho desde que la señora

murió en el hospital rodeada de los suyos. Ella también permaneció a su lado en los últimos momentos. Ahora la salud del señor era muy delicada, parecía que había tirado la toalla antes de que le llegara la hora.

Pensó en que le aguardaba un futuro incierto.

El salón de la casa de la solitaria playa era pequeño, pero muy confortable y decorado con exquisito gusto al estilo de los *cottages* de la costa de Cornualles. La chimenea engullía desde primera hora de la mañana la leña que crepitaba y llenaba la estancia de aromas y calor de hogar. Fuera hacía frío. Un viento desapacible soplabla en todas direcciones; aun así, la abuela Irene y Monfort salieron de la casa para dar un paseo.

El cielo era una sábana de color plomizo que se extendía hasta lo que parecía el final del mundo. Monfort imaginó que allí, donde el horizonte llegaba a su fin, se abría una inmensa cascada que se tragaba todo lo que hasta allí era capaz de llegar, como las cenizas de su madre, que sin duda habrían volado hacia aquel lugar desconocido y tenebroso.

La mañana se abría paso entre las sombras, el sol iluminaba lo justo para pasear y escuchar el rumor de las olas, una música mágica que convivía con la abuela Irene desde que había decidido refugiarse entre libros y salitre, entre pinos y poemas.

—Hay días en los que tengo miedo —dijo de repente.

Él guardó silencio. La mujer se agarraba con firmeza a su brazo.

—Algunas noches tengo pesadillas —prosiguió—. Sueño que llegan hasta aquí las excavadoras y derriban la casa, que la convierten en material de escombros, que arrasan la playa y destruyen las dunas, que cortan los árboles y se llevan los troncos de los pinos.

—Podrías venir con nosotros a Barcelona, aunque solo sea a pasar una temporada —le ofreció Monfort.

—Barcelona... —Irene exhaló un suspiro y luego añadió—: Demasiadas tristezas. Demasiados recuerdos.

—Quizá sería mejor que no estuvieras tan sola, que tuvieras alguien cerca para hacerte compañía, alguien con quien hablar,

a quien poder confiarle lo bueno y lo malo. Llegará el día en el que aquí, sola... —Supo en aquel mismo instante que estaba metiéndose donde no lo llamaban, pero aun así continuó hablando y con ello metiendo la pata de forma irremediable—. No tienes ningún vecino cerca, nadie vive a menos de dos o tres kilómetros de aquí, necesitas desplazarte para todo; ir al pueblo debe de ser una odisea en los días de lluvia y viento. Por no decir que si alguna vez el mar creciera de forma considerable podría llegar a tragarse la playa, y con eso quiero decir también tu casa. Lo mejor sería...

No terminó la frase, pues ya estaba arrepentido de las palabras que acababa de pronunciar.

La abuela Irene se soltó del brazo y se encaró a él. Sus ojos eran brasas y el labio inferior le palpitaba. Monfort vio en su mirada el reflejo de su esposa, la imagen de Violeta, que no le habría consentido ni la mitad de las tonterías que acababa de articular.

—¿Quién es el que me da tales consejos? —le espetó la mujer—. ¿Se trata de Bartolomé Monfort Tena, el viudo de mi nieta? ¿El hijo de mi buena amiga Yolanda, a la que hemos despedido lanzando sus cenizas al viento? O quizá se trate del hombre afaible que se relaciona de maravilla con todo el mundo, el policía cuyos colegas están siempre a su lado. ¿Dónde están tus amigos? Dime, ¿dónde están? Eres igual que yo, somos muy parecidos pese a que no corre la misma sangre por nuestras venas. Yo me recliné aquí cuando pasó lo de Violeta; sí, así es: me escondí, hui del mundo, lo sabes perfectamente, conoces bien la historia. Escurrí el bulto para no enfrentarme con la rutina del dolor de ver que ella ya no estaba con nosotros solo porque unos malnacidos quisieron divertirse, pero mírate tú, piensa un poco, aunque quizá ni siquiera debas hacerlo porque lo sabes perfectamente. Tú no eres mejor. Muchos días, demasiados, seguimos hundidos por la pena, por el dolor de haberla perdido. —Hizo una pausa que se hacía eterna. El sonido del mar crecía por momentos, el olor a salitre era cada vez más penetrante—. Y no quiero que vuelva a pasarnos lo mismo ahora que tu

madre nos ha dejado para siempre. Así que ya sabes, coge a tu padre y a la asistenta y los llevas de vuelta a Barcelona, los acomodas para que estén perfectamente y luego regresas a tu trabajo, ese oficio que consigue anestesiar del dolor. Yo seguiré aquí, con los guijarros y la arena de esta playa, donde quiero estar.

Monfort agachó la cabeza y cerró los ojos, apretó los puños y se maldijo. Luego la abrazó con delicadeza. Ella apoyó la mejilla en su pecho.

El temporal cubriría parte de la pequeña playa y arrastraría piedras desde el fondo marino, de manera que al día siguiente el aspecto de la cala sería distinto, y así día tras día, semana tras semana, año tras año.

—Perdona, Bartolomé —dijo sin separarse de él—, pero me quedaré aquí. Nada me moverá de este lugar.

—No hay nada que perdonar. En todo caso, soy yo quien te pide disculpas por mi torpeza.

La abuela Irene se alzó de puntillas y le besó la mejilla.

Olía a lavanda, a pureza, fragancias que él ya casi había olvidado.

Pensó que también la echaría mucho de menos cuando ya no estuviera.

Recordó entonces la letra de una canción de Pink Floyd que tenía un título muy recurrente: «Mother».

Madre, ¿crees que tirarán la bomba?

Madre, ¿crees que les gustará mi canción?



## Domingo, 4 de mayo de 2008

La XXIV Feria del Libro de Castellón abrió sus puertas con un nuevo formato. La disposición tradicional en casetas individuales alrededor de la plaza la había sustituido una gran carpa con una oferta de más de treinta y cinco mil libros. «Un auténtico supermercado del libro», según las palabras del alcalde el día de la inauguración, una modalidad que se había hecho posible gracias al acuerdo entre los libreros, pese a que no todos estaban de acuerdo con ello. Algunas empresas del sector discrepaban del nuevo formato y ponían en duda la eficacia del invento; otras, simplemente, dejaron de asistir.

El cielo despejado dejaba lucir en su plenitud un sol de mayo que calentaba como si se tratara de los últimos días del mes de junio. La luz se filtraba por todos los recovecos de la plaza. La carpa que protegía a los libreros y al público se asemejaba a un barco que surcaba un mar de páginas escritas con tinta de colores infinitos.

La feria presentaba algunas piezas especiales, como la *Crónica General de España*, de Alfonso X el Sabio, de 1344, una edición facsímil de muy corta tirada. Los ejemplares a la venta conservaban las mismas características del original custodiado en Lisboa. Sin embargo, otros dos títulos mucho más actuales prometían arrasar en número de ventas. Se trababa de la nueva novela de Carlos Ruiz Zafón, *El juego del Ángel*, y *Un mundo sin fin*, de Ken Follet.



Alrededor de aquel universo de libros, compradores y curiosos, las terrazas de los bares hacían su particular agosto. Las palomas que habitaban la plaza no perdían de vista los restos de comida que caían al suelo. Aleteaban, gorjeaban, volaban rasas sobre las cabezas de los clientes y desprendían un olor poco agradable.

La plaza de Santa Clara, junto al emblemático edificio del Mercado Central que la separaba de la plaza Mayor, era el centro neurálgico de la ciudad, una ciudad burguesa y acomodada que a todas luces se encaminaba hacia una profunda crisis económica. Por los altavoces instalados en la plaza, una voz de mujer anunciaba que el escritor Gustavo Seguí se encontraba firmando ejemplares de su novela *La piel del lobo*.

En la solapa del libro se podía leer que Gustavo Seguí había nacido en Castellón en 1971, que estudió Filología Hispánica en la Universidad de Valencia y que trabajaba como profesor en Castellón. *La piel del lobo* era su primera obra de ficción. Seguí era conocido por su faceta docente, así como por algunos artículos publicados en revistas universitarias.

La cola para que el escritor firmara los ejemplares de su flamante novela era considerable. Estaba sentado a una mesa bajo una sombrilla en el exterior de la carpa. Los lectores aguardaban estoicamente bajo un sol de justicia. Algunos se cubrían la cabeza con periódicos o con el propio libro que acababan de comprar para que el autor les estampara su dedicatoria en las primeras páginas. A Seguí, haber ganado el premio Comunidad Valenciana de Narrativa le había otorgado seguidores que sin duda antes no tenía; una nada desdeñable campaña promocional llevaba abordando a los posibles lectores desde que se conoció el fallo del jurado, compuesto por las personalidades más relevantes de la cultura valenciana.

Gustavo Seguí estaba en una nube. Firmaba ejemplares de su novela con mano firme, charlaba con los compradores, sonreía aquí y allá y se dejaba querer por sus admiradores.

Una joven encargada de velar por el público y facilitar la información necesaria a los asistentes de la feria se acercó al escritor

mientras este le dedicaba un ejemplar a una señora octogenaria que sostenía en los brazos un perrito tan pequeño que parecía de peluche. La chica susurró unas palabras al oído del escritor; mientras le hablaba, Seguí levantó la vista, clavó la mirada en una persona que aguardaba a cierta distancia y una oleada de calor invadió su cuerpo.

Continuó con su particular éxtasis de dedicatorias personalizadas; sin embargo, le temblaba el pulso y algunas palabras quedaron escritas de forma ininteligible.

Comenzó a sudar.

La euforia dio paso al miedo, y el miedo, a la terrible sospecha de que él había vuelto para hacerle pagar lo que sin duda creía que le debía. ¡Hacía tanto tiempo que no sabía nada de él! Desconocía su actual paradero. Deseaba con esperanza que hubiera desaparecido de la faz de la tierra, pero se había equivocado.

Una vez más, se había equivocado.

Tras el acto de firmas abandonó la feria sin apenas despedirse de nadie. Caminaba deprisa por el paseo central del Parque Ribalta, el sol le achicharraba el cogote y no dejaba de sudar. Miraba hacia atrás cada cuatro pasos, escrutaba entre los árboles; aunque no veía a nadie, estaba convencido de que lo seguía, de que lo observaba. Llegó hasta el edificio de la antigua estación, cruzó la avenida de Barcelona, pasó frente a la puerta de El Corte Inglés, la que da a la sección de perfumería. Algunas personas fumaban junto a los ceniceros que había fuera. Estuvo tentado de entrar y refrescarse con el aire acondicionado, como había hecho en otras ocasiones, pero no lo hizo. Extrajo las llaves del bolsillo pese a que todavía quedaba un trecho hasta llegar al piso. Apuró el paso. Su presencia en la feria habría sido memorable de no haber sido porque lo había visto entre el público. Al final de la fila de lectores que esperaban para que les dedicara su libro, creyó ver una sonrisa amarga, una cara conocida, demasiado conocida; un rostro que esperaba no volver a ver nunca

más. Siguió estampando firmas en los ejemplares que los lectores habían adquirido, pero ya nada fue lo mismo. Le sudaban las manos, le temblaban los dedos; apenas conseguía escribir lo que sus seguidores querían que plasmara en la primera página en blanco; a duras penas recordaba el trazo con su nombre ni la rúbrica.

Firmó todos los libros y cuando acabó él ya no estaba allí, ni al final de la fila, ni en los alrededores, ni mirando los montones de libros expuestos en la feria, ni en las terrazas de los bares circundantes. ¿Dónde se habría metido? Lo había visto con sus propios ojos, lo había reconocido. Aquella mueca torcida, la sonrisa vengativa, el odio, la envidia. Ahora sentía la bilis en el esófago y estaba a punto de vomitar lo poco que había desayunado. Tropezó con el bordillo de la acera y sintió un vahído que casi le provocó una caída. Retuvo el aire en los pulmones hasta que estuvo frente al portal, e introdujo la llave en la cerradura de forma temblorosa. Llamó al ascensor; le pareció que tardaba una eternidad en llegar hasta la planta baja. Trató de serenarse, pero le flaqueaban las rodillas. Pensó en los tranquilizantes que aguardaban en la mesita de noche; los tomaba desde hacía demasiado tiempo ya. El efecto que normalmente debían producir estaba mitigado por el hábito en el que los había convertido. Aquella mañana, cuando salió camino de la feria, no creyó que debiera cogerlos; era su día, uno de los grandes días que aquel libro le estaba proporcionando desde que consiguió el premio. Ahora todo podía irse al garete, que se pudrieran la alegría y la ilusión. Había dado con él y la próxima vez no se conformaría con la sonrisa amarga que le regaló entre la fila de lectores.

Llegó el ascensor y accedió al interior, pulsó el botón de la planta en la que vivía solo. Solo, siempre solo, compartiendo su triste vida con sus manías y adicciones, escondiendo secretos, suplantando verdades, utilizando furtivamente lo que no le pertenecía. El ascensor se detuvo y salió al rellano. En escasos segundos estaría dentro del piso, a salvo. Se tomaría los tranquilizantes, un trago de whisky y, al fin, podría relajarse. Ya pensaría más tarde lo que debía hacer.

Introdujo la llave en la cerradura y dejó escapar un profundo suspiro. Fue entonces cuando se percató de las rosas marchitas que había sobre el felpudo. Un pequeño ramo de flores muertas. Ahora que lo había visto, debía actuar.

Joan Boira, el cantante de Bella & Lugosi, había insistido para que el último concierto de la gira, un *tour* que había llevado a la formación por todo el país, incluyendo en la gira las ciudades francesas de Toulouse y Montpellier, se celebrara en Castellón de la Plana.

Boira había nacido en Castellón, aunque había trasladado su residencia a Madrid, donde el grupo tenía su sede y residían los otros componentes. Se incorporó al grupo madrileño cuando este ya tenía dos CD en el mercado y gozaba de una importante popularidad. El cantante de la formación original optó por emprender su carrera solo, y el resto de la banda propuso realizar un *casting* para dar con el cantante que pudiera suplir a la voz que había conseguido posicionar al grupo entre los más vendidos del panorama *indie* nacional.

Jesús Castro, el director de la compañía discográfica Safety Records, que además era el propietario de la oficina de *management* que se encargaba de la producción de los conciertos del grupo, organizó una última serie de audiciones tras haber desechado a un gran número de vocalistas que habían acudido llamados por su necesidad de cantante.

Cuando los tres componentes del grupo, Alfonso Roca, Pedro Paraíso y Lucas Socolovich, acompañados por el director de la compañía, escucharon la voz de Joan Boira, no lo dudaron ni un segundo.

Tras largos meses de arduo trabajo, el cuarteto entró de nuevo en el estudio de grabación para trabajar en el que sería su tercer CD, titulado *Drácula* en un claro guiño al caprichoso nombre de la banda. La voz de Joan Boira se integró a la perfección y el resto de los componentes respiraron aliviados, por no hablar de la cara de satisfacción de Jesús Castro al

comprobar que el negocio de Bella & Lugosi no se había terminado con la marcha de Javier Artà, su cantante original, cuya carrera individual iba viento en popa pese al arriesgado cambio de registro, más inclinado ahora hacia la música *dance*. Artà regresó a su Mallorca natal y, desde allí, apoyado por una compañía discográfica alemana afincada en la ciudad de Palma, emprendió su nueva carrera musical en pos de la conquista del público germano.

Pronto se agotaron las entradas en el Auditorio y Palacio de Congresos de Castellón para presenciar el último concierto del *Dracula Tour*. El aspecto de la sala era ya de por sí un gran éxito. En el concierto, el grupo ofreció media hora extra a unos fans incondicionales que abarrotaban el moderno recinto. Como colofón iban a interpretar una más que acertada versión de un tema de The Rolling Stones, una canción con la que llegaban al final en todos los conciertos de aquella gira y que el nuevo cantante había aportado por tratarse de una de sus favoritas.

Joan Boira se había retirado un instante al camerino para cambiarse de camisa antes de salir y darlo todo en el bis con el que culminaría la gira; después tendría un merecido descanso, unas vacaciones tranquilas en las que pudiera tostarse al sol. A Elena, su novia, con quien vivía en Madrid, le encantaba relajarse en las calas de aguas cristalinas de la isla de Menorca.

En la platea, el público coreaba el nombre del grupo y los gritos de «otra, otra» se sucedían sin tregua. Roca, Paraíso y Socolovich entrechocaron las manos detrás del escenario mientras esperaban a que Boira regresara del camerino. Las máquinas de hielo seco cubrían el escenario de humo espectral, un manto de niebla que otorgaba el aspecto tenebroso que acompañaba normalmente al grupo. Los técnicos estaban preparados, todos en sus puestos.

Boira se despojó de la camisa y se secó el sudor con una toalla. Eligió una de las prendas que colgaban del perchero,

contempló su rostro en el espejo del camerino y bebió un trago de agua de una botella de plástico. Estaba exultante. En poco tiempo había tocado el cielo. Lo había conseguido. Cuando por su edad ya vislumbraba un futuro poco prometedor, alcanzó la gloria, llegó lo que durante tantos años había ansiado. Los sueños se habían cumplido, por fin; había trabajado duro para conseguirlo.

Un sonido que llegó desde la puerta le hizo dar un respingo. A través del espejo vio una figura moverse rápidamente a su espalda; pensó que se trataba del *road manager*, que venía a advertirle de que regresara al escenario.

Se volvió de golpe cuando reconoció la voz. Sintió que el frío le recorría la espina dorsal.

Sostenía una jeringuilla en la mano derecha y lo miraba fijamente a los ojos.

—¿Sorprendido? Acércate, toma un poco de esto.

—Ya no me drogo —contestó Boira aterrorizado.

Quien hablaba exhibió una mueca que poco se parecía a una sonrisa.

—Hoy vas a volver a hacerlo y así entenderás de qué va la canción.